

TRES CIUDADES EN LA VIDA Y LA OBRA DE GERARDO DIEGO

Por LAZARO MONTERO DE LA PUENTE
Catedrático Inspector de Enseñanza
Media.

I.—SANTANDER

Gerardo Diego nació en Santander el 3 de octubre de 1894. Santander era entonces una pequeña, íntima ciudad. Su nervio, El Puente y las calles de San Francisco y la Blanca; su vida, el comercio y el puerto; su vitola, literaria. Tertulias, periódicos y revistas más o menos efímeras. Gerardo pudo conocer a don José María y don Vicente Pereda, a don Marcelino Menéndez Pelayo, a don Enrique Menéndez—

*Una humilde corona,
dulce Enrique Menéndez,
de eternas siemprevivas
quisiera entretejerte...*

—, posiblemente a Galdós, veraneante ya en su hotelito de San Quintín. Coetáneos suyos, José María Cossío, José del Río Sainz, Manuel del Llano... No extrañaba, pues, que ese ambiente pesase más en Gerardo que la tradición comercial de su familia. Su catedrático de Lengua y Literatura en el Instituto, como Lanuza en el caso de Menéndez y Pelayo, acabaría decidiendo su doble vocación. Ese catedrático era don Narciso Alonso Cortés.

Para casi todos, don Narciso es solamente conocido como catedrático, erudito y académico. Trasladado a Valladolid, donde afortunadamente pasea todavía su ancianidad ilustre, sus fundamentales estudios sobre Zorrilla eclipsaron al poeta. Pero la decisiva influencia en Gerardo se debió, precisamente, al ver en su maestro que podían compartirse ambas vocaciones, la poesía y la cátedra. Don Narciso fue buen maestro —autor de libros de texto extensos e intensos, que hoy asustarían a muchos universitarios— y poeta de calidad. De sus versos, dijo Antonio Machado:

*Tus versos me han llegado a este rincón manchego,
rico presente en arcas de rica taracea,
que guarda, entre ramos de castellano espliego,
narcisos de Citeres y lirios de Judea.
En tu árbol viejo anida un canto adolescente,
del ruiñeñor de antaño la dulce melodía,
poeta que declaras arrugas en tu frente,
tu musa es la más noble: se llama Todavía.*

Así venía a encarnarse en Gerardo lo que sería corriente en su grupo poético: el poeta-profesor.

Si todos los poetas suelen ser fieles a su tierra, mucho más cuando la tierra

tiene y mantiene una tradición poética. Así Gerardo. Su mar, será el mar cantábrico, "mi cántabro mar maestro". El mar y el río son como paradigma de su estética:

*Arquitectura plena,
equilibrio ideal.
Las olas verticales
y el mar horizontal.*

.....
*Quién pudiera como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso,
pero con distinta agua.*

De su mar cántabro, su entrañable bahía:

*Cristal feliz de mi niñez huraña,
mi clásica romántica bahía,
consuelo de hermosura y geografía,
bella entre bellas del harén de España...*

Y las playas y el faro. Y, junto al mar, las calles de su ciudad, las alamedas, límite entonces del recinto urbano, donde juega al fútbol o al toro:

*Otra vez mi cuerpo
de mis quince años,
jugando a los toros, allá en la alameda,
con chiquillicuatros...*

Otra vocación constante, los toros. En su obra son frecuentes los versos taurinos. Ha cantado a Joselito, a Gallito, a "El Cordobés", a Rafael "el Gallo", a Magritas... Gerardo tan serio, de palabras escasas y medidas sonrisas, no se ha sentido conmovido por los hombres serios de la fiesta, por Manolete o "El Viti". Ante lo taurino, se transforma, "le baila una zambra por el talle" y prorrumpie en soleares, en seguidillas—

*Torerillo de Triana
frente a Sevilla.
Cántale a la Sultana
tu seguidilla.*

.....
"El Cordobés"
—¿lo ves?
¿no lo ves?—
no es lo que es,
es lo que no es.

Santander, en fin, es una constante en la poesía de Gerardo. Patrocinado por la Diputación Provincial, se publica en la editorial "Espasa-Calpe" su libro "Mi Santander, mi cuna, mi palabra". Allí cursa su bachillerato en el Instituto en que luego ejer-

cerá como catedrático, y allí vuelve de continuo. En Santander, cruzando el golf de la Magdalena, le vimos por vez primera y nunca hemos olvidado aquella impresión: ligero de paso, silencioso, cartera grande de cuero y la inseparable compañía de Aguilera... Cantando a su bahía solícita:

*La muerte, madre mía, a ti me una,
agua en tu agua, arena de tu arena.*

2.—SORIA

Gerardo cursa Filosofía y Letras en Deusto, con los PP. Jesuitas. Uno de sus hermanos profesará en la Orden. El P. Alonso Schöckel, pedagogo ilustre, crítico insigne, dedicará a Gerardo su libro sobre el estilo. Pero Bilbao no caló en el alma y la obra de Gerardo. Sí, Vasconia. Su madre era de Ormola:

*Y me habló Ormola según yo escalaba
sus lajas, sus torrentes y repechos.
—Mira hacia abajo. Ese es tu valle matrio,
tu Azcoitia de ocho años, niño serio,
tu villa abuela de nogal vascuence
y de Angelus de cáñamo y de rezo...*

Y recuerda el caserío de Ormola en lo alto de la montaña, el "maitís" y el "choriburu", sus tías María Uría y Angela Cendoya, su tío-abuelo, campeón de levantamiento de pesos... Gerardo amó y cantó entrañablemente a su familia, a sus padres, a sus hermanos, a su esposa... La raíz vasca del Cendoya se uniría a su raíz castellana del Diego. El padre era de Valnera, otra cumbre cantábrica.

Nacido en la cabeza de Castilla, en su misma semilla, y con un primer apellido reciamente castellano, son, sin embargo, las lecturas las que empiezan a adentrarle en lo esencial castellano. El poeta escribe en 1919 su "Saludo a Castilla":

*En el agua fría de la palangana
yo te saludo, Castilla,
en el agua y filo de cristal de la mañana.*

Junto a esas sensaciones de Castilla —el frío, el "primoroso olor secular del aire", el oro de los buñuelos, la cuerda de la mirilla— la fuerza de sus lecturas, de Azorín, de Unamuno, de Machado, del Poema del Cid, que Menéndez Pidal ha exaltado en sus estudios:

*Aprisa los gallos cantan, cantan con petulancia,
cantan aprisa
como aquellos del Cid en Cardeña la rancia...*

Es frecuente hablar del gongorismo del grupo del 27 —centenario de Góngora—, pero no de su entusiasmo por los primitivos. Sabido es cómo Lorca aprovecha la misma imagen: "las piquetas de los gallos". Alfonso Reyes publica su versión en prosa

moderna del "Cantar", Pedro Salinas, su versión poética, en la colección "Musas lejanas" de la Rev. de Oriente.

Gerardo Diego se había ido examinando de su licenciatura en Salamanca: "Salamanca diáfana —quemaban los domingos en las plazas—. Se doctora en Madrid y en Madrid se pone en contacto con muchos de los poetas de su grupo. Sin embargo, no siente Castilla. En Madrid festeja al Manzanares —"río humilde—, río devoto y aescalzo —que brindas y hurtas espejos— al sesgo de camposantos" —y afirma el garbo, el gracioso quiebro con que rompe frecuentemente la seriedad de su verso. Pero nada más. Madrid obra mucho más en el Gerardo crítico y antólogo, en el Gerardo pianista, melómano. Dos figuras gravitan sobre él: Ortega y don Ramón Menéndez Pidal. De Ortega recuerda, sobre todo, la mirada:

*La mirada sagaz, conversadora,
centelleante a estímulos diversos
—personas, obras, cosas—
centrando en sí, imantando voluntades,
viajando en el diván de clima en clima,
fija en el aula, ardiente y metafísica,
curiosa a la sorpresa resbalada
de paisajes viajeros,
cómplice en el tribunal con el azorado alumno
que interpreta bien claro el
"no se asuste, no es eso, mas no importa".*

Gerardo le recuerda en la cátedra, en el tribunal, en la redacción de la Revista de Occidente donde colabora con frecuencia. Con don Ramón tendría más tarde ocasión de intimar en la Academia, en esos jueves en que acude a su sillón, desde 1947, con sus compañeros de cátedra: Rafael Lapesa, Gili Gaya, Salvador Fernández Ramírez, Alonso Zamora, y ahora, también, Rodríguez Moñino. Casi, casi como si el Centro de Estudios Históricos se hubiese cambiado de Medinaceli a Felipe IV:

*La voz ingenua, dejos de asturianos de alzada,
las barbas siempre en flor, como en abril la jara,
y rosas las mejillas —sol de tardes románicas—,
aquí viene don Ramón y cuantos con él cantan.*

Ni su Santander natal, en fin, ni Salamanca, ni Madrid, ni sus lecturas, acaban de centrar a Gerardo en Castilla. Como en el caso de Antonio Machado, tenía que ser Soria.

A Soria llega Gerardo Diego en 1920. Había ganado por oposición la cátedra de Lengua y Literatura de aquel Instituto. Tenía veinticuatro años. De él ha dicho Luis Rosales: "su más permanente vocación es la infantilidad. Y, sin embargo, Gerardo Diego no es un niño. Es una clase entera y en el momento grave de saludar al profesor". Dada la edad y ese siempre juvenil aspecto de Gerardo, aun hoy, ya jubilado, no es de extrañar que, cuando se acerca a entregar a un compañero de Claustro una carta de presentación, el viejo catedrático lo tome por un alumno y lo haga entrar en clase y aguantar toda la explicación. A pesar de su juventud, Ge-

rardo se da cuenta de su responsabilidad. Soria es una ciudad para poetas. En aquellas mismas aulas, no hace todavía diez años, había enseñado, aunque diferente disciplina, Antonio Machado. No muy bien, al parecer. Siempre me ha enfadado que no se entienda que hay quienes enseñan más con su sola presencia que otros con su puntualidad y constancia. No se me olvida la displicencia con que hablaba un viejo y aburrido profesor de Latin, compañero en Soria de Antonio Machado, del poco Francés que enseñaba y de lo mucho que aprobaba el poeta. Recordaba que, en una hora de afortunada compañía con el poeta, —hondos silencios de don Antonio, como los de Gerardo— había aprendido yo tantas cosas, tanta hombría de bien, tanta despreocupación, tanta modestia, tanto aire de cumbre... Gerardo ha despertado vocaciones, ha interesado por la lectura, ha descubierto ignorados o poco conocidos poetas como Manuel de Llano, y ha llevado a la exaltación de otros, como Góngora, y los compañeros de generación, o grupo, como él prefiere... ¿Intemperancias? A todo catedrático de Instituto le resulta doloroso amputarse las alas, cuando la realidad le obliga a limitarse, a constreñirse. ¿Qué no ocurrirá a un poeta? El se había hecho una idea de su misión y la ha cumplido. Sus amigos de Santander le ofrecen un homenaje con motivo de su triunfo en las oposiciones a cátedras. Y he aquí el brindis que el poeta escribió para agradecerlo:

Amigos:

*dentro de unos días me veré rodeado de chicos,
de chicos torpes y listos
y dóciles y ariscos,
a muchas leguas de este Santander mío,
en un pueblo antiguo
y frío.*

*Y les hablaré de versos y hemistiquios
y del Dante y de Shakespeare y de Moratín (hijo)
y de pluscuamperfectos y de participios,
y el uno bostezará y el otro me hará un guiño,
y el otro, seguramente el más listo,
me pondrá un alias definitivo.*

Y así pasarán cursos monótonos y prolijos.

*Pero un día tendré un discípulo,
un verdadero discípulo,
y moldearé su alma de niño
y le haré hacerse nuevo y distinto,
distinto de mí y de todos; él mismo.
Y me guardará respeto y cariño.*

Y Gerardo tuvo su apodo —"Degüellachicos"— y sus discípulos distinguidos: Mi-lagros Garcés, Felicitas Plaza, César y Benito del Riego... Toda una teoría de poetas.

La preocupación del profesor era menos que su preocupación de poeta. Llegaba a una ciudad donde pesaba todavía la sombra de Bécquer:

*Desde el cántabro mar que mi niñez limita
en elásticos círculos norteños,
subí, no a la alta Soria, heroica y eremita,*

*sino a la de los líricos, errantes, libres sueños
de Bécquer, el celeste paria
burlado de una clara fantasma estrafalaria.*

Más reciente, el paso de don Antonio. Allá en el Espino —“único huerto de Soria— único huerto florido”—, la tumba de Leonor. Gerardo subiría, como José María Palacios por ruego de Machado, hasta el camposanto para dejar allí los primeros lirios y rosas de la primavera soriana. Dos grandes poetas, dos huellas difíciles de borrar. Y Gerardo quiere para sí, como para su presunto discípulo, ser “él mismo”. Aspira a darnos **su Soria**:

*Esta Soria arbitraria mía, ¿quién la conoce?
Acercós a mirarla en los grises espejos
de mis ojos, cansados de mirar a lo lejos.
Vedla aquí, joven, niña, virgen de todo roce.*

Bécquer nos da una Soria legendaria; Antonio Machado, una Soria en la que se refleja la preocupación por España, propia de su generación. Gerardo quiere una Soria limpia de “arqueología, castellanía, tresilería”, una Soria de cigüeñas y golondrinas volando placenteras, rotas las alas de “los buitres de la historia”, una Soria “pura”:

*Si yo fuera pintor
no pintaría, Soria, tu yermo y tu pastor.
En mi paleta habría un rosa de rubor,
un amarillo agosto y un verde derdecido,
porque tienen la gracia de un país recién nacido.*

Y recrea primero el paisaje urbano —los tejados, las campanas, el paseo tras la misa de doce, el camposanto, el jardín del Instituto, la estación...— para seguir con los alrededores, el campo y los pueblos de Soria cargados de historia y de ignorada belleza: Urbión, Calatañazor, Berlanga, Burgo de Osma, Medinaceli... Estuvo en Soria poco tiempo. En mayo de 1922 parte para Gijón, donde ha sido destinado. Antes de amanecer, sube hasta el castillo “para decir adiós a este paisaje - al de estas tierras bien amadas” y sorprender la madrugada. Soria se le ha metido muy dentro. Ha dado sus clases, ha dictado conferencias en el Ateneo y en “La Cotorra”, ha frecuentado las tertulias de “La Amistad” y “Numancia”, ha tenido, como Machado, su Leonor malograda por la muerte:

*Y bajo la morada sombra de los castaños,
unos ojos me miran, cariñosos o huraños,
o que no miran, ¡ay!, por no darme ese goce...*

Lejos ya de Soria, volverá a sus pueblos, se asomará de nuevo al Collado y se lamentará en “El Intruso”, fechado en 1946, de que la ciudad bien amada se haya olvidado de él:

*¿Por qué dime, te obstinas
en cantar la ciudad que ya no es tuya?...*

3.—GIJÓN

"Las temporadas de Madrid y luego mis ocho años de Gijón terminaron de perfilarme tal como era en mi juventud y como esencialmente sigo siendo." En Soria se había hecho carne, realidad, la Castilla de sus "libros escolares":

*Oh tierra de mi sangre y de mi entraña
tierra de mi apellido y mi semilla,
Oh, bendita de Dios, verde montaña,
profecía de España
prenda eterna de luz, alta Castilla.*

En "Castilla milenaria" Gerardo canta su "patria", como en "Ormola" había cantado su "matria":

*Nadie elige su cuna. Mas la mía
en un raigón de castellana muela
me brezaba, y mi padre aún se adormía
a la aérea porfía
del cuévano nevado de la abuela.*

Gerardo canta la historia, la lengua, la grandeza de Castilla y, también, su humilde realidad; el paisaje, los pueblos, los olores, el frío, la "Castilla impresa en todos mis sentidos". Pero lo más castellano de Gerardo es su "anchura", su ventana abierta a todos los aires y a todas las novedades. Cuando en 1922 llega a Gijón, destinado como catedrático a su Instituto, se ha curtido en Soria, pero se ha aireado en París:

*Cuando a vosotros vine, regresaba de un viaje
—mieses agavilladas, calles color de anís—.
Se apagaba el verano, y en mi retina traje
amarillo de Soria y grises de París.*

El poeta, que ya había tratado a Huidobro en Madrid, se siente impulsor de todos los "ismos". Van naciendo "Imagen", "Limbo", "Manual de espumas"... Los amigos de Gijón celebran la aparición de este libro en una deliciosa colección—"Cuadernos literarios"— en la que, por 1,50, se ofrecen textos de Baroja, Azorín, Eugenio D'Ors, Menéndez Pidal, Díez Canedo, Jarnés, Bacarise, Ortega, Gómez de la Serna, Gerardo, etc.... "Manual de espumas" se editó en 1924. Y en ese mismo año, tiene ya dispuesto "Versos humanos" donde vuelve —mejor, insiste— a lo tradicional. Nunca hemos visto en Gerardo poetas distintos. Si difiere en la técnica, es fácil encontrar la unidad de su obra: "Estribillo, estribillo, estribillo - El canto más perfecto es el canto del grillo." Y en la "Ofrenda" a sus amigos de Gijón, reitera el canon de su estética:

*Y el mar me iba ofreciendo su muestrario de espumas
de jabón, de gris plata, de licor verde o fresa,
efímeras estrellas disueltas entre brumas
para el hombre que sufre y la mujer que besa.*

*Naturaleza y Arte. La lección de insistencia,
de reiterado impulso, de eternas tentativas.
Porque el mar sólo es eso. Voluntad de presencia
y un ensayo paciente de estrofas sucesivas.*

En "Ofrenda" rinde, a su vez, tributo a Gijón, la villa que, entonces, era "casi paisaje" y no tenía "dos casas de la misma estatura".

En Gijón, Gerardo Diego atiende sus clases, frecuenta una abigarrada tertulia en el café Oriental —catedráticos, médicos, odontólogos, sastres, futbolistas— y, de acuerdo con su Director, don Joaquín Gómez de Larena, geólogo insigne, al que dedica "Cumbre de Urbión" —da un "Curso de historia de la música", poniendo en juego su otra condición, la de pianista. El curso está destinado a compañeros de claustro y alumnos, y se da en el mismo Instituto donde Gómez de Larena ha conseguido un piano. Pero, en seguida, salta a la calle. Con motivo del centenario de Beethoven en 1927, estrena Gerardo una nueva faceta: conferenciante-recitador-concertista. El teatro Dindurra, de enorme cobida, se ha llenado, y Gerardo con sus poesías, su palabra y sus interpretaciones alcanza un éxito extraordinario. Por lo demás, en Gijón, naturalmente, tuvo alumnos poetas y el amor consiguiente. El poeta, en fin, que en 1938 celebraba la heroica resistencia de Oviedo, cantando en sus versos a la torre de la catedral, volvería más tarde a Asturias:

*Asturias, sombra larga, mi sombra y mi camino
desde el Eo hasta el Deva.
En La Arena de Pravia, "Pero quedan los nombres"
trazó un dedo en hermosa letra inglesa.
Yo canto en asturiano: "Pero quedan les sombras".*

Una sombra: R. O. Otras sombras, sus amigos, sus discípulos..., su premio frustrado. Alberti, con "Marinero en tierra" se había llevado el Premio Nacional de Literatura 1924-1925. A Gerardo le adjudican un segundo premio por "Versos humanos". Moreno Villa, miembro del jurado, le diría que si hubiera presentado "Manual de espumas" en lugar de "Versos humanos" el premio primero habría para él. Tal vez el Jurado encontrase en este libro demasiada variedad temática. En "Versos humanos" aparecía el soneto al ciprés de Silos, cuya difusión ha extrañado al propio Gerardo, pues le nació fácilmente, cuando al retirarse a su celda, fue el ciprés y no el claustro, —el ciprés que no es solitario, por cierto—, lo que despertó su inspiración. Desde Gijón convoca, también, al homenaje a Góngora.

4.—OTRAS CIUDADES

Gerardo se ha movido mucho. Sus viajes dieron frecuentemente motivos poéticos, particularmente el que hizo a Filipinas. Dámaso Alonso nos cuenta que era él quien tenía que haber hecho ese viaje; pero "unas apresioncillas" le hicieron desistir, y, en su lugar, fue Gerardo. Gerardo se ha estabilizado en Madrid, con sus veraneos en Francia, en Sentaraille, patria de su esposa Germaine Marin. A su esposa y Sentaraille dedica **La Sorpresa**. Gerardo tiene nietos. Una de sus hijas es catedrática de Francés. Las peñas de Santander, de Soria, de Gijón, han sido sustituidas por la Peña del café Gijón... El poeta está ahí, lleno de vida, de inspiración. Ahí queda su "Carmen jubilar", y los frecuentes artículos en "ABC", en "Arriba", en "El Alcázar". A pesar de los años y de las prescripciones oficiales, su fuente mana y corre...